
LA CIVILIZACION DEL AMOR EN PROSPECTIVA

Luis M. Teragni

Todavía la palabra civilización evoca los muros de la ciudad antigua. San Agustín nos orienta hacia lo esencial al decir que la ciudad está en los hombres y no en las paredes, pese a la paralaje histórica que afecta al genial pensador, ya que su experiencia le privó de conocer otra forma distinta de la Ciudad-Estado. Desde entonces ha corrido mucha agua bajo los puentes y hoy, aferrados por urbes y megalópolis nos encontramos con la necesidad de pensar rigurosamente las formas de la convivencia humana. Toda civilización configura concretamente un espectro de posibilidades históricas que apuntan a determinado sentido; hoy la prospectiva ha de descubrir tales posibles, en vista de una resolución que los oriente. En esta línea, toda civilización implica traducir activamente ciertos gérmenes que, yaciendo en la interioridad del hombre, toman figura en el gesto constructivo. Por eso se las ha confundido con su exterioridad envolvente, cuando en realidad expresan lo íntimo en gran medida. Tal vez el caso Brasilia sea ilustrativo, sobre todo porque se trata de un intento próximo logrado en Latinoamérica. Según testigos, en Brasilia se comenzó por levantar las barracas para albergue de sus constructores. Una vez elevada la ciudad, que surgió totalmente del tablero de dibujo sin tregua para espontaneidad alguna, quisieron derribar los locales provisorios que afeaban la perspectiva. No se pudo. La vida humana se instaló alegremente en esas favelas, desentonando con la pulcritud racionalizada de concreto y cristal. La vivienda que surgió empírica y espontáneamente resistió las tentativas de desarraigó; el monstruo

racional que *debía* surgir perfecto resultó, de acuerdo con los mismos testigos, un monumento a la aridez, humanidad *in vitro* contrapuesta a la vitalidad radicada en barracas prescindibles.

La insuficiencia de la actitud apriorística, desbordada por la vida, nos lleva a la concepción de Arnold Toynbee. Para éste las civilizaciones son unidades históricas generadas para responder a un reto del ambiente: es la visión empírica del reto-respuesta. En el fondo, las dos ideas expuestas se complementan en la circularidad de la vida humana, que intenta ser emergiendo desde sí misma pero vuelve hacia sí en el vaivén continuo de su intercambio con el medio. Las civilizaciones son ciertamente impensables como producto exclusivo de nuestra iniciativa, pero imposibles sin nuestro concurso, porque en el fondo tal es la vida humana.

Corresponde, entonces, preguntar por el medio que nos envuelve, más allá de ficciones y *desiderata*, ya que configura el campo desde el cual parten inexorablemente los requerimientos de futuro.

La situación actual

No es inexacto decir que hoy impera en el mundo una *dialéctica de la potencia*. Bien que *ultima ratio*, la distribución de los poderes no carece de cierta estructura que preside las relaciones internacionales. Es suficiente observar que la crítica mundial acusó a nuestro país de agresión por el hecho de haber roto el *statu quo*; no se atendía al valor justicia, —formalmente postergado en las conversaciones— sino a la alteración del *equilibrio* de una situación que nos agravia. Las ideologías caen como velos encubridores de la voluntad de poder y los tratados son letra muerta en cuanto implican una mengua del mismo. La dialéctica de la potencia significa una nueva sofística, la sofística de la época técnica. Para aquellos griegos carecía de sentido una instancia superior a los acontecimientos; por tanto, la verdad no existe, todo es cuestión del propio parecer. Para la dialéctica de la potencia no hay razón más allá de la presión posible, prescindiendo absolutamente de un valor supremo que decida la legitimidad del caso. La pregunta de Stalin en la que ironizaba sobre las divisiones del Papa se compagina con la soberbia británica expresada al vulnerar nuestro archipiélago herido. Pero la revancha se produjo y la tranquilidad vuelve a los poderosos.

Esta dialéctica parte, como apuntó Heidegger, de una violencia sobre la naturaleza. El espíritu de la técnica moderna prescinde del rostro de las cosas; en su máxima expresión conceptual, quien sabe la Crítica de la Razón Pura kantiana, la naturaleza es ante todo una legalidad racional inmanente a la subjetividad del hombre. El objeto que impresiona como materia prima las potencias del conocimiento, va a ser también materia prima de la producción industrial.

La dialéctica de la potencia está movilizada por el signo de la cantidad, en el sentido de poder *más* y, ante todo, de más *poder*. Se corresponde esencialmente con la analítica cuantitativa que está en la base de la época técnica. Es necesario dividir todo en sus partes elementales —ya llegamos a las partículas subatómicas— y desarticular lo organizado para armar el rompecabezas en función del proyecto tecnológico.

¿Adónde va a parar todo esto? La carrera por la potencia tiende internamente a la omnipotencia. En matemáticas se dice que las variables que se acercan al infinito se vuelven indeterminadas al alcanzar el límite; su metáfora se torna verdadera en el plano real, porque un mundo que tiende a la omnipotencia en la situación límite se deshace en mil pedazos. El ingeniero Kirillov (Dostoyevski, *Demonios*) entiende que debe suicidarse para alcanzar el estado divino, según la lógica demoníaca propia de su posición, que requiere tal prueba de una libertad omnipotente. De todas maneras, la dialéctica de la potencia es un camino hacia la nada. Se dice ingenuamente “poner la técnica al servicio del hombre” cuando no se cae en la cuenta que la complejidad analítica y socializada del proyecto tecnológico pone al hombre al servicio del poder. Las voces que ya suenan hoy entre nosotros en este sentido olvidan la esencia del problema, que va mucho más allá de la utilidad inmediata. Nunca tantos han hecho tanto para desembocar en ninguna parte.

Esto no significa una opción por la impotencia, como puede aparecer superficialmente; radicar en un mundo no significa fundarse en él. Es que nuestra época actualiza la fábula goetheana del Aprendiz de Hechicero, con la diferencia de carecer de la posibilidad salvadora a cargo de un maestro brujo que impida el desencañamiento conflictivo de los poderes que se autonomizan.

Mirando al interior del hombre

La psicología fenomenológica hoy nos revela un fascinante panorama de la personalidad, estructurada en variedad de tendencias. Estas pulsiones vitales que surgen desde la profundidad del organismo viviente, del *factum* biológico, y se hacen progresivamente conscientes, tienden a orientarse según valores cuya escala presenta tres niveles: valores vitales, que reflejan la posesión de la existencia; valores de significación, que gravitan en la constitución del propio yo y valores de sentido, a través de los cuales el yo logra su integración con la realidad ajena. Entre estos últimos y sus correspondientes tendencias, encontramos la disposición al saber, que tiende a la verdad, el impulso normativo que busca la justicia, la tendencia al absoluto que se satisface en la realización de una axiología religiosa.

Pero asombra que todo proceso civilizatorio, según muestra la Historia Universal, haya girado en torno de alguno de estos vectores personales, alrededor del cual los demás resonaron como armónicos de la cuerda dominante. Así Fenicia privilegió la posesión y el intercambio; Roma enalteció el mando y la India desarrolló su perfil histórico buscando el Absoluto.

Ahora bien, un examen de la estructura de la personalidad devela, entre otras, la tendencia al *desinterés* que se realiza en el amor desprovisto de egoísmo. Es claro que conocemos el nombre del amor desinteresado, desde que los griegos lo señalaron como *agapé* y el Evangelista lo identifica con la Esencia Divina.

Pero el mundo que vivimos se resiste a aceptarlo, como escándalo inaudito para su sistema de creencias colectivas que supone a la naturaleza humana vertebrada sobre el deseo sexual, el apetito de poder y el interés económico. Sin embargo, la *misma naturaleza*, expuesta al trasluz de una fenomenología rigurosa, controvierte la opinión de Hobbes que caracterizaba su índole como la guerra de todos contra todos, *bellum omnes contra omnium*. Presentamos en nuestra espontaneidad una mezcla variada de impulsos, en la que coexisten tanto los egoístas como los altruistas y va a ser nuestra decisión la que establecerá las prioridades; al respecto, no podemos olvidar las observaciones de Ortega y Gasset referidas al carácter lujoso de toda vida, claramente observable en el medio biológico. La generosidad parece estar inscripta en la médula del ser.

El *agapé* o *cáritas* no se ubica en el plano de las utopías, ni de

los vagos anhelos, ni de las ideologías institucionales sino que constituye una exigencia ontológica, una necesidad del ser hombre confiada a su libertad, como lo ratifica la obra de Víktor Frankl. Sabemos que las tendencias manifiestan desequilibrios energéticos, los cuales aparecen como necesidades a la luz de la conciencia; su satisfacción puede no ser inmediata en este caso, pero es igualmente imprescindible para la integración vital. Si todavía parece utópico pensemos que un relevamiento de las actividades desarrolladas por desinterés y gratuidad mostraría una incidencia fabulosa en el producto bruto disponible por un mundo que las disimula. En todo caso la tendencia al buen amor, como la hija de Jairo, no ha muerto sino que está dormida, pronta para volver al trato con las gentes.

En la historia todavía está vacío el lugar de una civilización estructurada alrededor de estos impulsos, a pesar de los progresos que se advierten revisando lo gestado por la humanidad a través de los tiempos; éstos confluyen en nuestra situación, la de un mundo que se expande hacia los planetas al tiempo que se contrae por la efectividad de las comunicaciones. Este panorama de configuración inédita inclina a pensar que ha llegado la hora de un nuevo proceso civilizatorio a escala global y según la medida del hombre.

Nuestra circunstancia manifiesta la dialéctica de los poderes ajenos a instancias axiológicas bajo la cual se juega el existir humano grávido de un Absoluto cordial. La responsabilidad lúcida de SS Pablo VI ha sabido encontrar su fórmula de futuro: la Civilización del Amor.

Hacia la meta

La prospectiva suele distinguir entre futuros deseables y futuros posibles. Ciertamente, ante cualquier apertura al porvenir suelen atropellarse en nuestra imaginación los primeros antes de poder discriminar la realidad de los segundos. La síntesis de los futuros deseables, en esta línea, es el Reino de Dios; la Civilización del Amor en prospectiva no significa todavía su plenitud escatológica sino la progresiva impregnación de la Ciudad de Dios en el mundo de los hombres.

Una mirada atenta ya puede leer los posibles de tal civilización en el presente, los que conforman la base desde la que se habrá de juzgar a la civilización actual. El panorama que ésta nos

ofrece —tolérese la difícil síntesis— abarca las culturas asiáticas, las cuales nos invitan, por lo común, a retirarnos hacia un Absoluto impasible, y un mundo industrializado cuya alma es la razón técnica y a su vez una, de las facetas del pensamiento constructivo que tiene su paradigma en Hegel. Ambos confluyen, lo que tal vez no sea tan aparente, en un despotismo político que en el fondo recuerda al Leviathan de Hobbes. Los avatares de la dialéctica de la potencia cierran un ciclo que ha olvidado la *dialógica de la caridad*.

Esto nos coloca a las puertas de un nuevo camino del pensamiento. A pesar de las semillas plantadas por San Agustín y Pascal, que luego prolongarán Scheler y Marcel, no podemos olvidar, más recientemente, la gran obra de Gadamer, “*Verdad y Método*” y los trabajos de Böllonow; la vigencia del neopaganismo pone en crisis sus residuos conceptuales todavía en auge replanteando el problema siempre actual del hombre, según Zubiri, como punto de tangencia entre el tiempo y la eternidad.

Los principios de la Civilización del Amor

En el descenso a los infiernos de la época tecnológica nos encontramos con la voluntad de poder, que articula sus designios en la trama de la razón calculadora. La puesta en marcha del nuevo proceso civilizatorio exige reemplazarla por la *voluntad de servir*.

Esperamos sonrisas compasivas. ¿No es un signo de rebeldía de los débiles, los degenerados, los *Untermenschen*? Sin embargo, Zarathustra ha de enmudecer ante el gesto enaltecedor con el que la Madre Teresa de Calcuta se inclina sobre los desheredados y los ayuda, entre otras cosas, a bien morir. ¿Es que alguna vez se ha pensado en la dimensión de este gesto, absolutamente desprovisto de tecnicismos y poderío? El mudo homenaje a la dignidad del miserable que corona su vida denota un señorío que los superhombres despiadados están lejos de poseer, sin olvidar el servilismo inmanente a la lógica del poder, tan extendido en nuestro tiempo.

El señorío del servicio brilla sobre el servilismo que engendra el poder; no reclama la dialéctica insuperable del Amo y el Rebelde, como al parecer tratan hoy de evadir a Hegel los nuevos filósofos franceses, en una especie de salto kierkegaardiano que no tiene otro destino que la nada. En la voluntad de servir se ha operado una catarsis total de la voluntad de poder y, por ende, logra una cabal libertad.

Es claro que no hablamos de algo absolutamente nuevo; el espíritu de solidaridad, la dedicación artesanal, la entrega del artista, el amor rendido a la Patria y otros tantos gestos testimonian la voluntad de servir. Pero tenemos la impresión que nuestro tiempo los relega a una posición adjetiva y secundaria, en carácter de complemento, si se quiere de las actividades principales que en la "realidad" están movilizadas por un erotismo total. El problema radica en el nivel con que ha de ser situado en la estructura de la vida histórica.

Al no pretender avasallar nada ni a nadie —la dimensión negativa de la voluntad de servicio es, ciertamente, la no-violencia, pero, entiéndase bien, solamente la mitad del asunto— esta voluntad de servir puesta como principio de la nueva civilización ha de tomar su expresión positiva a través de un *reconocimiento*, que en términos existenciales constituye una *aceptación*.

Bien entendido, el reconocimiento no culmina aquí un proceso de confrontación entre apetitos, como sucede en el esquema dialéctico de Hegel, sino que constituye el punto de partida para fundar el diálogo; nuestra proposición invierte los pasos de la dialéctica hegeliana: su tesis, en este caso la dialéctica de la potencia, es en realidad una negación larvada; la antítesis se transforma en una afirmación del Reino como plenitud de posibles inscripta en el corazón humano; a la síntesis absoluta oponemos la Civilización del Amor como camino de esperanza viviente hacia el Reino escatológico.

La voluntad de servir ha de prolongarse, entonces, por una triple aceptación que tiende a borrar los grandes olvidos de nuestro tiempo: aceptación de la naturaleza, del Hombre y de Dios.

La aceptación de la naturaleza

Desde los tiempos en que Galileo encabezara la creación de la gloriosa *nuova scienza* haciendo posible a su vez el despliegue industrial de la actualidad, hemos desconocido el rostro de las cosas. Somos plenamente conscientes de la gravedad de estas afirmaciones en tanto vivimos todavía en la adoración del modelo científico de encuentro con la realidad. Pero toda persona culta sabe que Werner Heisenberg expresó brillantemente la crisis del determinismo moderno; que la mecánica de Newton cedió el paso a la relatividad einsteniana y a pesar de habernos permitido viajar a las estrellas,

cedió el paso a una imagen del mundo bien distinta de la que habitualmente se transmite por la enseñanza. Asimismo debemos destacar que el progreso científico se produce en el interior del saber en la medida que sus modelos fracasen interpretando la realidad y haya que reemplazarlos por otros más aptos.

Ahora bien, conviene destacar que la nueva ciencia *partió conscientemente* de un desconocimiento de la realidad como tal. Resulta gráfico el decir de Galileo, citado en su momento por Ortega y Gasset: "... si después de todo, las esferas de hierro, de piedra o de plomo hacen otra cosa (distinta de la ley que norma la caída de los cuerpos) *peor para ellas (suo danno)* ...". La traducción industrial y expansión progresiva de esta renuncia a *saber* de las cosas en aras de *poder* manejarlas acarreó la reivindicación de la naturaleza en forma de polución ambiental y desorden ecológico.

Este problema es innegable aunque estemos en las antípodas del mundo industrial y ha trascendido hasta la política en la forma de movimientos que en la actualidad luchan para poner coto al desarrollo industrial desenfrenado. En este sentido todos los esfuerzos parecen orientarse hacia una *ecología de compromiso* que detiene el desarrollo donde la polución es insostenible, continuándolo en las regiones a las que se pueda contaminar sin demasiado perjuicio. Aquí proponemos una solución de fondo, desde las mismas fuentes del problema: *una ecología de origen*. Esto implica un esfuerzo gigantesco y genial hacia una tecnología *no invasora*; si se quiere, la creación de un nuevo paradigma científico para nuestro tiempo que deje de ser violento en su *raíz*, porque esto ya no aguanta más. Existen avances notables al respecto, como el control biológico de plagas y el uso de fuentes no convencionales de energía, pero ante todo se exige una reforma de la inteligencia. Tenemos noticias de un pacto entre biólogos suspendiendo trabajos por cinco años en la perspectiva de producir mutantes incontrolables. ¿Será imprescindible un desastre para que comencemos a pensar? Sin embargo, una adecuada toma de conciencia, además de las transformaciones que ya se producen en el campo creativo del saber científico permitirán esperar la vigencia renovada y no exclusivamente lírica del "Canto de las Creaturas" del Pobre de Asís.

Aceptación del hombre

Enfrentamos una doble paradoja: la época moderna se caracteriza por su antropocentrismo que al parecer hoy deriva hacia la

deshumanización, ¿demasiado humano? En otro sentido vivimos un mundo estrechado por las comunicaciones donde numerosos comportamientos estancos bloquean a los seres humanos, a veces hasta terminar con sus vidas. Un ejemplo trágico lo encontramos en las aerolíneas "charter" que en Europa transportaban mujeres decididas a consumar el aborto hacia naciones cuya legislación lo permitía. (Suponemos que ya no se realiza porque la mayoría de esos países hoy lo admite).

Si una civilización antropocéntrica derivó en deshumanización, una cultura antropológica que descubra al hombre fundado en un más-allá-dentro-de-sí-mismo pondrá las cosas en su punto. No se trata solamente del sentimiento de respeto y de la inviolabilidad legal que son condiciones necesarias pero no suficientes y por ello nos dejan a medio camino. La aceptación del hombre implica establecer la posibilidad de vincularse con el otro —y hacerlo en el marco de la arquitectura institucional— en una dimensión que es misteriosa, porque es personal y por ello no contabilizable y libre para el diálogo. *La esencia del diálogo impide cualquier manejo unilateral.* En el encuentro interpersonal se descubre la común humanidad, que a su vez nos remite a su origen incondicionado. Pero esto nos lleva a otro plano del reconocimiento.

La aceptación de Dios

Estamos enmarcados por un mundo dividido en dos bloques: el de los países donde impera el ateísmo oficial, al que denominaremos soviético y un Occidente penetrado de laicismo. En el fondo ambas corrientes encarnan institucionalmente la época de la "muerte de Dios", que se corresponde con la voluntad de poder en la base de la época técnica. Su síntesis es el secularismo, que a través de sus representantes relega lo sagrado al ámbito mágico y expresa al hombre en términos de ingeniería humana.

Al caso, las repercusiones del discurso que pronunciara Alexandre Soljenitsin en la Universidad de Harvard. Su repulsa al materialismo dialéctico de la URSS y al materialismo práctico de un Occidente en decadencia fue aceptado como paladín de la libertad pero se lo objetó como testigo de espiritualidad. Esta contradicción vivida por el mundo de hoy podría ser tildada de cómica si no revistiera gravedad. Encuentra su expresión en los que luchan por disyuntar a Dios de lo sagrado, en un evidente recurso para ratifi-

car la autodivinización propia de la soberbia tecnológica. Volver a la *sacralidad* de un Dios ausente obraría como anestesia para el “dolor infinito de la muerte de Dios”, pero al costo de no poder *emergir* del laberinto actual, al convertirse esta posición en ideología justificatoria de la suficiencia autónoma del poder. La *aceptación* de Dios —depurada de actitudes inadecuadas, es decir, “espíritu y verdad”— invierte el camino agnóstico que hoy florece en una cultura escéptica. El concepto que rechazó el misterio en la filosofía de Hegel deviene hoy oscuridad; la *aceptación* del *Misterio* es el principio del camino hacia la Luz, que por eso se manifestó primero a las gentes sencillas. Para recorrer esa senda clara de Civilización del Amor toma su sello en el señorío de la *adoptación divina*.

La Civilización del Amor en prospectiva

Puesta la voluntad de servir como principio y continuada por la *aceptación* de la naturaleza, del hombre y de Dios, resta la decisión por la obra misma de este proceso civilizatorio.

Ciertamente, esta decisión posible y necesaria, cuya responsabilidad exige superar los verbalismos, ha de partir del corazón de los hombres para concretarse en una arquitectura institucional. No es cuestión de *meros* sentimientos, sino de la decisión abarcante que estructure un mundo de integración humana. Significa la creación de condiciones propicias para que nuestras vidas realicen su apetito de *Absoluto* con rostro propio, configurando simultáneamente el de cada uno. Está inscripta en la historia y tiende a preparar el *adviento terminal* del Reino.

En este planteo la Universidad tiene su lugar en la primera línea de la estructura institucional. Hemos vivido épocas agudas de instrumentación al entenderse que las universidades agotaban su papel histórico como agencias del cambio, cuando se olvidó que esto las apartaba de su camino peculiar por *ingerencia* en esferas ajenas y *abandono* de las propias. El estudio y elaboración de alternativas para el desarrollo humano, es decir, la *autoría* de posibilidades históricas es el servicio superior que se suma a la educación para dar sentido a la responsabilidad social de estos centros de diálogo institucionalizado.

Quién sabe estas precisiones resulten insuficientes para hacer tangible el mundo futuro. Nos detenemos conscientemente aquí, porque de la misma manera con la que eludimos el escepticismo mostrando la posibilidad de esta civilización a partir del corazón humano, queremos evitar la utopía por respeto a la voluntad de los demás y al curso de los acontecimientos; este proceso no es esquema personal sino tarea de todos apoyada en la promesa que viene de lo Alto.

Nosotros y la Civilización del Amor

Respecto al origen de los procesos civilizatorios hemos trabajado con las ideas complementarias del desafío externo o bien de los impulsos latentes en el corazón humano. Si ahondamos tal complementariedad podremos atisbar su unidad interna: esta línea nos lleva a pensar en un reto, es verdad, pero que se produce *en el interior de nosotros mismos*, en el seno de la común interioridad objetiva.

Una lectura atenta de nuestra historia, con el ánimo libre de lugares comunes, denota ciertos *signos* que exceden la casualidad. Haber sido exportadores de libertad en la gesta sanmartiniana, crisol de razas y granero del mundo indica un derrotero que el presente confirma a través de una convivencia libre de problemas raciales y luchas religiosas, como pocos países del mundo pueden exhibir.

Retomamos aquí el tema de la aceptación de Dios. No lo buscaríamos si El no nos hubiese llamado: sucede que *Dios nos ha aceptado a nosotros*, como lo manifiesta el ciclo que se abre con el Milagro de Luján, tiene por etapa ejemplar al Congreso Eucarístico de 1934 y alcanza su punto cenital con la visita del actual Pontífice SS Juan Pablo II. Dentro de este marco histórico nos parece oír una voz que tanto sugiere como nos interpela, en el ámbito donde se juega nuestro ser que es ante todo primogenitura. Su sentido reside en establecer a nuestra Patria como punto de partida para construir la Civilización del Amor.

Es claro que el desafío es inmenso, nuestras conciencias están agitadas y luchamos contra la incertidumbre. Sin embargo, ello es factible, porque nuestros hombres, a los que estamos solidaria-

mente vinculados, han demostrado saber morir en Las Malvinas. Por eso todos nosotros, los del país de los granos y las mieses hemos muerto un poco; y el grano que muere da mucho fruto.

Luis María Teragni

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Luis María Teragni", with a horizontal line through it.

Lic. Luis María Teragni

Se desempeña como Profesor Titular Ordinario en la Cátedra de Filosofía general que se dicta en la Escuela de Administración.